

ra explicarse los resultados que palpaba, inventaba y acogia una fábula verosímil, que á fuerza de ser repetida, tenia crédito, y llegaba al cabo á pasar por la verdad. Si en esto se engañaba, no sucedia lo mismo en cuanto habian visto sus ojos, en los hechos pasados en las calles y en las plazas, que registró cuidadosamente en su memoria, y pudo sin error notable trasladar á la posteridad. De aquí que la tradicion de que fué Torquemada sabedor, era en parte verdadera y en parte falsa; verdadera en lo concerniente á los sucesos públicos, falsa en los demas que no se traslucieron: los primeros deben aprovecharse, olvidando los segundos.

Tal vez esta hipótesis venga á tierra cuando aparezca el cuaderno principal que echamos menos, ó algun otro papel auténtico, y entónces quede por verídico el cronista y se me tache á mí de presumido y jactancioso; desde ahora rechazo el cargo: yo propongo, no enseño; asiento un parecer, no un dogma; calculo y juzgo por lo que alcanzo, y sin el don de adivinar, yo mismo desconfio de mis asertos. Sin esto los lectores tienen mucho que perdonarme, y les suplico así lo hagan, considerando, que emprendí mi trabajo por solo el amor de la historia, ya que estoy convencido de que, con un libro como el presente, no puede ganarse ni honra ni provecho.

Para tan corta labor es ya lo escrito un desmesurado prólogo, y concluyo dando las gracias á mis amigos, el Lic. D. Emilio Pardo y D. Angel Monroy, y á mi primo D. Sebastian Berra, por haberme ayudado á sacar parte de las cópias.

## CONJURACION

DEL

## MARQUES DEL VALLE.

[1565—1568].

Poco mas de cuarenta años despues de rendida la ciudad de México, la colonia española se estendia al Norte y al Sur á distancias increíbles, si se considera el pequeño número de los pobladores. Durante la invasion, la Antigua Veracruz y Segura de la Frontera sirvieron como de bases de operaciones y de puntos de comunicacion del ejército con la costa: la capital de los aztecas se convirtió en seguida en el asiento privilegiado de los castellanos, y cuando como una gota de aceite en el lienzo comenzaron á estenderse en todas direcciones, dejaron á su paso en sus diferentes viajes militares sembrados

aquí y allá algunos villorrios, con los pomposos títulos de villas ó de ciudades. Pedro de Alvarado al Mediodía llevó sus estandartes hasta Guatemala, pasando de los límites actuales de la República por ese rumbo, y las tropas de Montejo eran ya dueñas de Yucatán; por el Norte, Nuño de Guzman sujetó á Jalisco y fué hasta Sonora, no pasando muchos años antes de que Oñate é Ibarra vinieran á dejar un puñado de aventureros en Chihuahua. Esas conquistas nos revelan los deseos que las impulsaban y el carácter de quienes las hacian: no era un pueblo de preferencia agricultor ni comerciante el que en las costas del Este tenia por lugar avanzado á San Estévan del Puerto, dejando yermos los intervalos entre la Antigua, el Espíritu Santo y Santa María de la Victoria, y por el Océano Pacífico tenia por frontera á Culiacan; era un pueblo que se removia en busca de riquezas cuantiosas y prontamente adquiridas, ya que por centenares de leguas multiplicaba sus reales y sus poblaciones, siguiendo la cordillera central, donde se encuentran los criaderos metálicos. Fiaban con razon los españoles en su valor y en su fortuna al separarse así por pequeñas fracciones incrustadas en la raza enemiga, y que solo se ponian en contacto por malos caminos, con peores posadas donde las habia, llenando los inmensos intermedios las familias de los encomenderos, salpicadas á trechos que nos les permitirian valerse en caso de una revuelta de los indios, pero que bastaban sin embargo para mantener tranquilo el pais, quebrantado con sus antiguas derrotas, y domesticado por la paternal y persuasiva palabra de los misioneros. El ardor guerrero que produjo las maravillas de la conquista se iba amortiguando, los soldados se convertian en colonos, porque al golpe de su espada se habian pulverizado

todos los grandes reinos, y solo les quedaban delante tribus desnudas y errantes, entre las cuales era inútil ir á dar furibundas lanzadas que no proporcionaban la apetecida recompensa, oro y fama: se hacia la guerra á los salvajes, es verdad; mas ya no era para invadir sino para conservar; no para apoderarse de los despojos, sino para defender los propios bienes y el lugar donde se habia fijado el domicilio; de manera que los papeles se habian cambiado, y la raza blanca sufría á su turno los sobresaltos y las depredaciones que antes hizo sufrir á los vencidos. La sociedad por otra parte se habia pulido y mejorado; al gobierno militar de D. Hernando, y al régimen tormentoso y especulador de los oficiales reales y de la primera audiencia, que tanto debieron pesar sobre los indios, se habia sustituido el mandato de la ley. Todavía el poder real no era bastante robusto para hacerse obedecer sin resistencia, de unos hombres que por mucho tiempo habian vivido á sus anchuras, alegando para no guardar las órdenes del soberano la larga y abultada lista de sus méritos. Segun la costumbre de la época, algunos mandamientos se acababan y no se cumplian; la mayor parte de las mejores disposiciones estaban consignadas en el papel en espera de aplicacion; lo que dañaba los intereses de aquellos vasallos descontentadizos, sabian eludirlo con los embrollados trámites de su jurisprudencia: sin embargo, el nombre y la presencia del virey eran un freno para los genios turbulentos, la lealtad castellana aparentaba someterse por no dar en la culpa de traidora, y si la licencia y la espoliacion continuaban, eran cubiertas con el manto de los procedimientos legales. El elemento principal de entonces, era el principio religioso. La ley suave y liberal del Evangelio habia echado profundas

raices en el corazon de los vencidos, quienes si no la entendian, la amaban con entusiasmo como á su caritativa y benévola salvadora. Muchos indios habria que comprendiendo los santos dogmas del cristianismo, practicaran la religion en espíritu y en verdad, ; pero la generalidad, si hemos de dar crédito á las crónicas de la época, permanecia aún en las tinieblas de la idolatría, el nuevo culto se practicaba mezclado con las abominables ceremonias del antiguo; en el mismo altar se adoraba al verdadero Dios descubierto y á los ídolos ocultos, y los neófitos no adquirian en la predicacion el convencimiento de abjurar de los dioses de barro, sino que sacaban el error de que era menester acatar tambien á las divinidades extranjeras, como una consecuencia de pertenecer á los invasores.

Si esto pasaba, digamos así, en cuanto á los misterios, no sucedia lo mismo en cuanto á la parte material, simbolizada para aquellos pueblos rudos en los misioneros. Eran tantos, tan palpables los beneficios derramados por ellos, que no amarles ni obedecerles hubiera sido sobrada ingratitud. Defensores constantes del oprimido, habian hecho tolerable la servidumbre, interponiendo entre el esclavo y el señor la imagen del Crucificado; escasos de bienes terrenales, prodigaban los consuelos de su ardiente caridad, enjugaban las lágrimas del menesteroso, y le hacian llevadera su vida de amargura, pintándole la tierra como lugar de corto destierro, lugar de prueba para ir á gozar en seguida de inefable ventura en una vida mejor; en tanto que la muerte llegaba, con la música y el canto enseñaban al infeliz á elevar su voz para pedir al cielo que cumpliera pronto sus procedimientos, y le daban en la enseñanza de las artes útiles medios eficaces para apartar

de sí el cúmulo de molestias consiguientes á nuestra mísera existencia. Nada pues mas natural que los indios vieran en los misioneros á sus defensores, á sus amigos, á sus maestros, y que los obedecieran con la ciega confianza que de ellos no podian esperar ni sus amos, ni las autoridades. Los españoles tambien recibian la misma influencia; porque los primeros fundadores de las órdenes monásticas en nuestro pais, fueron humildes, pobres, trabajadores; sus virtudes hacian recordar los buenos ejemplos de los santos de los primeros siglos de la Iglesia, su frugalidad y desprendimiento traian á la memoria las austeridades de los anacoretas, y juntando á la predicacion la propia conducta, se les podia poner por dechado de una fé pura y ardiente, unida al amor sin límites que hace tan hermoso el cristianismo; y como por otra parte los hombres que en aquellos dias vivian eran buenos creyentes, si bien algo supersticiosos, resultaba de aquí, que si algo dominaba en una sociedad luchando aún por consolidarse era el poder de los religiosos, que se estendia desde el virey hasta el último súbdito, sin que hubiera cosa civil en que no se encontrara su huella.

Los vencidos estaban ya en la condicion miserable, en que se perpetuaron por mas de doscientos años, sin variacion sensible. La matanza en la guerra fué la menor de las causas para que la poblacion decreciese con asombrosa rapidez, y quedaran como desiertos los lugares pintados antes por los testigos de vista rebotando en gente; el estrago de la peste, el mal trato en los trabajos forzados, las minas, los caminos devoraron á los indios y los consumieron hasta dejar una tercera ó cuarta parte, de los que se numeraban en el tiempo de su gentilismo. Sin saña, sin prevencion de ninguna clase, se

preciso confesar que los castellanos de los primeros días, por culpa de creer en que los indios eran irracionales y en que los idólatras no eran sus hermanos, cargaron tanto la mano en la tierra invadida, que según la expresión de Fr. Toribio Motolinia, "quedaron muchas casas yermas del todo, y en ninguna hubo á donde no cupiese parte del dolor y llanto." Pequeña fracción de la principal nobleza mexicana tenía pan con que sustentarse; los demás tlatoanes, desdeñados de los blancos no inspiraban ya ningún respeto á los pecheros de su nación; el pueblo menudo sin vestidos, bajo un mal cobertizo de paja, se creía feliz si de las tierras de la comunidad sacaba un alimento escaso, y se juzgaba rico cuando poseía un terreno que apenas le bastaría para sepulcro. Es que unido á la encomienda trabajaba y vivía, nada era suyo sino de su señor, su existencia misma podía acabarse en un arranque de cólera de su amo, siervo apegado á la tierra como un tronco ó una roca, no le era permitido retirarse á arrastrar en otra parte la cadena de sus desgracias.

Como nuevos elementos en la colonia, se encontraban los descendientes de los europeos, que siendo de raza pura se llamaban criollos; los hijos de las diferentes uniones entre los blancos, los negros y los indios, conocidos con el nombre de castas; los españoles avecindados, y los recién venidos, á quienes decían gachupines. Las palabras no se inventan á la casualidad y sin motivo, y donde quiera que un nuevo objeto se introduce en el comercio común, tan diferente que no se confunde con otro, se le impone la voz que lo distingue y hace conocer. El invento de los nombres para designar las razas nos revela pues, que había una separación entre ellas, y que de la separación debían nacer distintas categorías. En efec-

to, el criollo que no podía traer otro origen que el de los soldados de la conquista ó el de los primitivos pobladores blancos, se adornaba con los méritos de sus padres y se daba importancia con ellos; considerándose como el verdadero dueño del país, por el nacimiento y por su alcurnia, desdeñaba á los indios como á seres que no le pertenecían, miraba con ceño á los españoles avecindados en la tierra, pagándoles así el desden con que le trataban, y tenía envidia y rencor á los recién llegados, que venían á hacer fortuna desplegando una repugnante altanería. Somos los hombres tan preocupados, que por solo el hecho de nacer en determinado país, despreciamos á quienes no son nuestros compatriotas, y seguimos adelante los de la capital de una fracción política, hasta creemos superiores á los habitantes de la provincia; esa niñería apartaba á los castellanos de los criollos, y crecía el desapego porque los primeros veían en los segundos mucho de indio, de la raza vencida destinada en su concepto á solo obedecer y servir; y como les negaban las virtudes y aliento generoso de sus progenitores, les creían muy despreciables para ser sus pares y les acogían con notoria frialdad. Los gachupines, aunque solo pasaran con la espada en el cinto y el jubón agujerado, por venir de la metrópoli á la colonia, se mostraban vanos y presumidos, sin un maravedí en los bolsillos galleaban como poderosos, y sin poseer una triste peonía se daban los humos de hijos-dalgo de solar conocido; poco á poco iban perdiendo aquellos modales, tomaban amor al país y hacían causa común con los ya establecidos, para encelarse á su vez de los nuevos aventureros. Las castas ocupaban el lugar ínfimo: no se habla de los negros que eran esclavos delante de la ley; los mulatos, los mestizos, los zambahigos y la larga lis-

ta con que se distinguian los frutos del cruzamiento de las razas eran vistos como una especie de Parias; el código mismo los consideraba y distinguia mucho menos que á los indios, y si no fuera por mas activos y arrojados, no les valiera lo ladino para abrirse paso á los pequeños provechos que podian sacar, de los oficios comunes y de las contrataciones de poco valer. La poblacion, pues, como casi suce<sup>o</sup> en nuestros dias, se podia comparar á un monton de semillas, que de lejos parece un cuerpo sólido é igual, pero que examinado de cerca descubre que los granos existen cada uno de por sí, sin lazo que los una. Los naturales, los criollos, los castellanos, las castas formaban diferentes familias con sus gustos, sus trages y hasta su lenguaje distintos; cada una abrigaba sus rencores y sus creencias, partiéndose el suelo en que vivian con aparente fraternidad.

La figura prominente de aquella época, era la del encomendero. Luego que se ganaba alguna tierra en América, segun la costumbre introducida en las islas, se repartia en encomiendas, de las cuales debian sacar su mantencion, los conquistadores llevando en proporcion de sus méritos, y los pobladores conforme á la proteccion que alcanzaban. El general del ejército ó la persona encargada esclusivamente hacia el reparto, y como es de suponerse, dejando lo mejor para sí, daba lo bueno á sus amigos y parciales, y entregaba el resto á la chusma: de aquí que las particiones rara vez eran proporcionales á los trabajos de cada uno, mas favorecido el que nada habia hecho lograba crecida porcion, y aquel que esponiendo repetidas veces su vida era acreedor á mucha recompensa, alcanzaba poco ó tal vez nada. La ley en México fijó la medida de la peonía y de la caballería siendo terrenos, y

el importe de la renta si consistia en tributos: no bastaba; la autoridad pública estaba demasiado lejos, y los repartidores torcian á su antojo las cédulas reales, pasándose mucho tiempo antes de que los abusos se corrijeran y las cosas fueran como debieran ser. No es este lugar para referir cómo la encomienda que al principio consistia en el derecho al producto de cierto número de matas de un sembrado, se convirtió en seguida en el usufructo del terreno, y llegó á ser por varias trasformaciones el monto de una pension pagada por los indios; baste saber que, en los tiempos á que nos referimos, un encomendero poseia una parte, todo un pueblo, dos ó mas villorrios, cuyos habitantes le acudian con la cantidad que las autoridades, por medio de la tasa, señalaban á cada uno, pagada generalmente en frutos, prestándole ademas servicios personales, en su generalidad reconocidos solo por la costumbre. La exaccion de la renta no se hacia siempre equitativamente, ni los trabajos se exigian con moderacion, y como los encomendados al satisfacer su tributo no recibian en cambio la defensa, la educacion y la enseñanza que su señor les debia, quedaban reducidos á una mísera servidumbre, peor todavía que la del tiempo de sus antiguos reyes. No era esto culpa de los monarcas castellanos, y cualquiera puede convenirse de tal verdad registrando la Recopilacion de Indias, donde á cada instante tropezaré con disposiciones benéficas, redactadas con tan minucioso cuidado en favor de los vencidos, que el ánimo mas obstinado no podrá menos de reconocer el amor y la buena fé con que están dictadas; ese código de bondadoso en demasía fué perjudicial al indio, porque quiso protegerle contra la fuerza y contra el engaño, y no encontró otro medio que el de aislarle y reducirle al estado de niño,

con lo uno perpetuó en la tierra una raza enemiga que debió haber amalgamado con las otras razas, con lo otro quitó á los agraciados la posibilidad de mejorar su condicion social, y les precisó á embrutecerse mas y mas: vigilante el código con sus protegidos, no ponía cuidado en que los tiempos cambiaban y era menester cambiar con ellos, estableciéndose al cabo este círculo vicioso; la ley protegía al indio porque degeneraba, y el indio degeneraba porque le protegía la ley. Volviendo á los encomenderos, ellos componían la fuerza armada de entonces, representaban la nobleza, y obtenían por sus riquezas el lugar mas alto en aquella sociedad.

Muy á la ligera y pasando de largo algunas consideraciones, hemos bosquejado el estado de la colonia, y ya es tiempo de comenzar á conocer á las principales personas que intervinieron en la conjuración.

D. Hernando Cortés dejó al morir varios hijos, legítimos unos, naturales los otros. Su sucesor, habido en D.<sup>ca</sup> Juana de Zúñiga, tuvo por nombre Martin y fué el segundo marqués del Valle. D. Martin nació en la Nueva España; llevado por su padre á la Península, sirvió al rey Felipe II en la campaña de Flándes, estuvo en la célebre batalla de S. Quintín, y acompañó al monarca á Inglaterra cuando fué á casarse allá con la reina D.<sup>ca</sup> María. En España casó el marqués con D.<sup>ca</sup> Ana Ramirez de Arellano, y sin duda para venir á descansar gozando en quietud de los inmensos bienes que poseía en América, arregló todos sus negocios disponiendo su viaje para México en 1562. Bien sabido es que á D. Hernando se le hicieron grandes concesiones para pagarle sus extraordinarios servicios, contándose entre ellas la propiedad de veintidos villas con veintitres mil tributarios; sábese también

que el interesado y los mandarines de la colonia nunca se pusieron de acuerdo para la cuenta de los vasallos, pretendiendo aquel que la enumeración se verificara por hombres sin atender al número de los individuos de su familia, y defendiendo las autoridades que la real cédula debía entenderse al pié de la letra, y solo habían de señalarse veintitres mil cabezas, fueran varones ó hembras, niños ó ancianos. Resultó por consecuencia un largo pleito que el conquistador tuvo que ir á seguir á la corte, pleito que se hizo interminable y cuyo fin no vió D. Hernando, pues hasta después de su muerte se dió sentencia, que le fué contraria. A nuevas instancias de D. Martin el rey se mostró benigno, y por la cédula fecha en Toledo á 16 de Diciembre de 1562, se le dejaron las villas que al marquesado pertenecían, sin limitación alguna en cuanto á los vasallos, quitándose sí para la corona la villa y puerto de Tehuantepec, en cambio de lo cual recibió lo que importaban los tributos.

Alcanzada esta merced y arreglados sus negocios pendientes, D. Martin llegó á México en principios de 1563. Los bienes de su familia, consistían, en las casas vieja y nueva de Moctezuma y otros solares en México, los peñoles de Jico y Tepetpulco, y el señorío de las villas concedidas, que eran en el valle de Oajaca Tlapacoya, Mexicapa, Cuilapa y otra que hoy forma parte de aquella ciudad, y las comprendidas en las alcaldías mayores de Coyoacan, Cuernavaca, Charo, Toluca y Tuxtla. Ese estado era mucho mayor que el de alguno de los príncipes alemanes, y D. Martin lo poseía como verdadero señor feudal, pues no solo percibía el tributo de los indios cual un simple encomendero, sino que gozaba del patronato eclesiástico, nombraba á los jueces y empleados en la admi-

nistracion, se le daban los diezmos y primicias de las siembras y de los ganados, y le prestaban sus vasallos los servicios personales que acostumbraban dar á los emperadores aztecas. Uniendo el producto del censo enfiteutico de las tierras de labor, los esquilmos de los pingües ramos de industria establecidos desde el tiempo de D. Hernando, y el valor y trabajo de los esclavos, reunia D. Martin una renta anual de cincuenta mil pesos; y si á todo se añade su título de marqués, único en México, el reflejo de la gloria de su padre y la adquirida por él como soldado, ya se entenderá que era el hombre mas poderoso en la colonia, el mas altamente colocado, el que debia llamar la atencion de todos, el que por su posicion no podia tener sino amigos y aduladores, ó envidiosos y enemigos irreconciliables.

Juntamente con el marqués vinieron de España D. Martin y D. Luis Cortés, ambos bastardos del conquistador. El primero era hijo de la célebre D.<sup>ca</sup> Marina, y si como dice en su confesion tenia cuarenta años cuando la vió, debió nacer hácia 1526 (1); en 1528 lo llevó su padre á la Península, y al año siguiente le hizo gracia el emperador Cárlos V del hábito de Santiago, haciendo su profesion en la Iglesia de la Orden. Puesto al servicio del príncipe Felipe II y luego al de la emperatriz, pasó á su lado los primeros años de su juventud, hasta que pudiendo ceñir espada, marchó como soldado á las guerras de Argel y de Alemania, donde salió herido repetidas veces en los reencuentros y batallas.

(1) Esto parece falso aunque lo asegure D. Martin. D.<sup>ca</sup> Marina casó con Juan Jaramillo en 1525, y debemos suponer que entonces ya habian terminado los amores de D. Hernando. Conjeturo que D. Martin nació hácia el año de 1522 ó 23.

Vuelto á su patria con mucho cansancio y poca hacienda, tenia que vivir casi á espensas de su hermano con su esposa D.<sup>ca</sup> Bernaldina de Porras, y para establecer á su hijo Fernando anduvo en pláticas de casamiento con D.<sup>ca</sup> Francisca Ferrel, viuda de Pedro de Paz. D. Luis Cortés nació de D.<sup>ca</sup> Antonia Hermosilla, y no se sabe de él, sino que era tambien caballero del hábito de Santiago, y que al regresar á la colonia fué hecho justicia de Texcoco.

El marqués en México montó su casa bajo un pié lucido, dando á sus pages y criados rica librea, y en todo desplegó gran lujo, como si fuera príncipe. Al salir á la calle á caballo se hacia acompañar de un page con celada en la cabeza, llevando una lanza enarbolada con funda en el hierro con borlas de seda, que segun sus acusadores parecia un guion real; si asistia á la Iglesia mandaba llevar para él y para la marquesa sitaliales de terciopelo con almohadas y sillas en que sentarse, y en su trato y continente se mostraba frio y reservado, como quien conociendo su superioridad no quiere abatirla dando pié para que los pequeños la insulten. Es por demas decir, que despreciando á la gente menuda, estrechó sus relaciones con la principal, contando entre sus amigos al virey D. Luis de Velazco que á la sazón gobernaba la colonia, y á su hijo D. Luis, caballero de prendas, quien tambien desempeñó años despues aquel elevado puesto. Pero la amistad entre el virey y el marqués no podia ser duradera; aquel como representante del soberano no reconocia rival, y al encontrarse delante con persona que afectaba ser la primera, la emulacion los separó, é incidentes posteriores los llevaron hasta el punto de odiarse. El marqués para el despacho de sus negocios mandó hacer un sello de plata casi del tamaño